

Un ejército de vencedores

León Trotsky
6 de diciembre de 1912

(Versión al castellano desde “Un armée de vainqueurs”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 194-199 Publicado en *Kievskaja Mysl'*, número 338, 6 de diciembre de 1912.)

- Cuando escriba usted sobre la guerra, me dijo un intelectual búlgaro que se había presentado voluntario, había participado en tres batallas y acababa de regresar a Sofía por enfermedad, no olvide decir esta gran verdad. En cuanto los que se desgañaban a favor de la guerra, los que más agitaban en los comités y en los periódicos, nuestros stambulovistas y patriotas profesionales, tuvieron la oportunidad de hacerlo, se refugiaron en lugares bien protegidos, convirtiéndose en ayudantes de campo o encontrando cobijo en el estado mayor o en la censura. En cambio, los otros, los que se habían opuesto a la guerra, los que habían considerado su deber político luchar contra la implicación de nuestro país en esta terrible empresa, pues bien, cumplieron con su deber, cada uno en su posición, con honor y valor.

En más de una ocasión he escuchado declaraciones de este tipo y, en algunos casos, he podido comprobarlas en persona. En realidad, ni siquiera hace falta buscar pruebas, porque, en conjunto, estas declaraciones son muy plausibles y aún más convincentes si se tiene en cuenta lo que está ocurriendo en Rusia...

Se ha escrito que el pueblo búlgaro pedía a gritos la guerra. Algunos periodistas rusos, que recibían la información sobre el estado de ánimo de la población directamente del estado mayor, es decir, de la dirección del partido octubrista, insistieron especialmente en ello. Esto no es cierto. El pueblo no quería ni podía querer la guerra. El campesino se veía a sí mismo con su ganado, sus víveres y su carro requisados y enviados a Odrin a luchar; se veía a sí mismo dejando a su mujer y a sus hijos en su desolada choza. No podía desear la guerra. Habría sido muy feliz si hubiera habido una solución pacífica. Pero las clases dominantes no encontraron otra solución que el exterminio mutuo de los campesinos búlgaros y turcos. Y cuando quedó claro que el pueblo se vería obligado de nuevo a la guerra a causa de las políticas anteriores de los gobiernos balcánicos y de la diplomacia europea, el soldado búlgaro aceptó ir a la guerra. Aceptó la guerra, en conciencia, como única salida a la intolerable situación provocada, por un lado, por el caos macedonio y, por otro, por el militarismo búlgaro. Estos campesinos y obreros (que saben leer y escribir y han sido educados en el sufragio universal), que habían aceptado conscientemente la guerra, demostraron ser excelentes luchadores. Esta victoria es suya.

La historia es diferente cuando se trata de los escalones superiores del cuerpo de oficiales búlgaros. Bulgaria llevaba veintisiete años sin librar una campaña militar. En ese tiempo, los *héroes* de la guerra serbo-búlgara se adaptaron muy bien al clima de paz, beneficios y prosperidad. El país se había enriquecido. Se habían creado bancos, aumentado el presupuesto y enriquecido el equipamiento militar. Surgieron notables oportunidades de enriquecimiento. Los mayores y coroneles de 1885 se habían convertido en generales, a menudo en los servicios auxiliares, dedicados al comercio y las finanzas. El culto al ejército se había transformado en un culto al beneficio, sobre todo y exclusivamente para ellos. Su dios ya no era Marte, sino Hermes¹. El mismo Hermes que había aparecido en el juicio de los ministros estambulovistas como dios de los negocios y dios del robo. Los estambulovistas, más que ningunos otros, tenían influencia en los

círculos superiores del cuerpo de oficiales. Savov, comandante en jefe del ejército búlgaro, que ya había sido ministro de la guerra en un gobierno estambulovista anterior, gozaba de gran popularidad entre los oficiales, popularidad que, y esta es una pista interesante sobre las costumbres búlgaras, no se vio sacudida en lo más mínimo por un proceso judicial en el que se le acusaba de peculado.

El último gobierno estambulovista (1902-1907) había asignado importantes fondos al ejército para que pudiera cumplir con su “deber nacional”. Más tarde se descubrió que, (¡la naturaleza del nacionalismo aborrece el vacío!), una parte considerable del presupuesto militar había ido a parar a los bolsillos de los ministros estambulovistas, junto con algunos senadores y representantes de la diplomacia francesa en Sofía. Cuando su control del poder se hizo imposible, los estambulovistas recomendaron al rey Fernando al partido demócrata, por tener la política exterior más cercana a la suya.

En la oposición, los demócratas habían exigido sin vacilar que se juzgara a los estambulovistas. Una vez en el poder, los demócratas hicieron todo lo posible por evitarlo. Sólo cuando se les pilló con las manos en la masa en relación con las transacciones financieras vinculadas a la adquisición de los ferrocarriles de Rumelia Oriental, y su posición se tambaleó, los demócratas decidieron recurrir a soluciones extremas. El parlamento democrático votó la destitución de los dos gobiernos de Stambulov: Petkov y Gudev. Los más comprometidos fueron los ministros de comercio, Gennadiev, finanzas, Paikov, y guerra, Savov. Al final de la investigación, que duró casi dos años, el presidente de la comisión de investigación, el profesor Danailov, presentó un acta de acusación de dos mil páginas. La extensión de este documento atestigua el interés que tenían los estambulovistas en agitar a favor de una guerra que significaba la amnistía de los crímenes políticos.

En los círculos periodísticos, el elemento más representativo del estambulovismo militar era Semjon Radev. Este personaje, hoy conocido en todo el mundo gracias a los corresponsales de guerra, merece atención. A principios de 1900, Radev era anarquista. Entre 1901 y 1902 publicó en el extranjero *Le Mouvement macédonien*², en el que se declaraba partidario y defensor de la causa de Sarafov, el revolucionario macedonio asesinado más tarde por Panica, uno de los agentes de Sandansky. De regreso a Bulgaria, Radev se afilió al partido estambulovista, conocido desde hacía tiempo por su habilidad para salirse con la suya en el complicado juego macedonio. Periodista de cierto talento, y lejos de ser estúpido, Radev consiguió hacerse indispensable para los estambulovistas. Y cuando, a pesar de la novela de dos mil páginas que se había escrito sobre sus chanchullos, Savov fue nombrado comandante supremo (y otro estambulovista, el general Fiev, se convirtió en jefe del estado mayor), Semjon Radev se encontró a la cabeza de la censura militar. Pero este nombramiento ocultaba algo más. Radev es autor de una obra histórica titulada *Fundadores de Bulgaria*. El próximo volumen estará dedicado a la guerra actual. El grado de gloria con que la historia coronará a los generales y coroneles victoriosos dependerá en gran medida de Semjon Radev. Ni que decir tiene que intenta sacar el máximo partido de su posición. El anarquista hambriento de poder de su tiempo ha conseguido envenenar la existencia de los periodistas europeos obligados a estar en contacto con él a fuerza de villanía. Hay que reconocer, sin embargo, que mostró cierta indulgencia con algunos, aunque nadie está convencido de que su comportamiento fuera desinteresado. Sólo hacia el final, cuando Radev empezó a sentirse demasiado cómodo, las autoridades decidieron destituirle.

He aquí otro ejemplo. El puesto de comandante de Sofía fue confiado a Bonev, coronel en la reserva, comerciante y banquero de turbio carácter. Con la audacia que le caracterizaba, Bonev se jactaba a menudo de que era capaz de meterse a Sofía en el

bolsillo, y que lo único que habría tenido que hacer era ser alcalde de la ciudad durante dos meses. La corrupción encontró abierta de par en par la puerta del despacho del comandante. Y, dado que el comandante es el principal responsable de las requisas, podemos imaginar lo que podría haber ocurrido en este departamento.

En un café de Sofía me mostraron a un antiguo alcalde de la capital Stambulov que, por cierto, había sido condenado por espiar para el gobierno turco. Para evitar un *escándalo*, no fue juzgado. Hoy, este individuo viste uniforme de oficial y ocupa un cargo en el ministerio de la guerra.

Un *popular* general, que fue acusado de apropiación indebida y escapó del juicio, ha sido nombrado comandante en jefe. Un famoso... escamoteador, al mando de Sofía. Un vulgar arribista, a cargo de la censura militar. Un exagente turco tiene un puesto bastante importante en el ministerio de guerra. Todo esto arroja una luz muy brillante sobre la moralidad del mando militar. Huelga decir que estas personas de la cúpula han elegido con cuidado a sus colaboradores cercanos. El nepotismo jugó aquí un papel decisivo. Entre todos los oficiales de carrera, a los advenedizos se les dieron puestos desprovistos de peligros, pero no de oportunidades de lucro. Por otra parte, los puestos de mando en las unidades de combate, incluidas las compañías, fueron todos otorgados a oficiales de reserva, la mayoría de los cuales eran habitantes de ciudades bien educados, a menudo opuestos a la guerra por principio, pero que sin embargo cumplieron concienzudamente con sus obligaciones.

Es difícil decir si los planes estratégicos del estado mayor búlgaro fueron realmente eficaces. Tengo la sensación de que estos planes no tuvieron nada que ver con lo que ocurrió en el campo de batalla. Fuentes bien informadas afirman que el comandante del III Ejército, Tadko Dmitriev, un rusófilo próximo a los tzankovistas, está enfrentado con el stambulista Savov y con el estado mayor. Se dice que ha llevado a cabo las operaciones más importantes por propia iniciativa, manteniendo completamente en la ignorancia a Savov durante tres o cuatro días seguidos. Esto ya es suficiente para hacernos dudar de que todas esas operaciones hayan estado coordinadas bajo el control omnisciente del estado mayor. Este rumor puede ser cierto o no, para quien ha seguido todo el desarrollo de la campaña con un mínimo de atención, está claro, sobre todo, que los búlgaros, igual que los serbios, deben sus victorias a la caída de la moral de los turcos y de su falta de preparación técnica. La victoria ha sido asegurada por los soldados y oficiales provenientes de la vida civil y que han cumplido, con honor, con lo que consideraban como su deber.

El irresistible avance, a lo *Skobelev* (por retomar el término utilizado por Nemirovič-Dančenko), de la división de Radko Dmitriev de Kırklareli en Çatalca, no es el resultado de planes minuciosos, sino de la retirada del ejército turco, presa del pánico y desprovisto de recursos morales para resistir. La falta total de coordinación de los servicios en la retaguardia demuestra que la importancia de este avance había sido prevista en una mínima proporción. Tanto el aprovisionamiento en víveres como el transporte de heridos han sido organizados de forma desastrosa. Los soldados en marcha se han quedado sin comida durante dos e incluso tres días seguidos. Los heridos han sido dejados durante semanas sin curas, con sus llagas cubiertas de miseria. El ejército que, en poco más de dos semanas, se precipitó de Kırklareli a Çatalca y que estaba agotado, constató que estaba sin aprovisionamientos. El general Dmitriev ha intentado, en vano, tomar Çatalca con un golpe de fuerza, como en Lozengrad. En Derkos, ha empujado inútilmente a sus hombres febriles, hundidos en el agua y el lodo hasta la cintura o el pecho. Los fusileros turcos tiraban sobre ellos como sobre conejos. Se demostró imposible un nuevo avance. Al exhausto ejército ya no le quedaba otra elección más que

perecer de tifus o de colera o retorcerse de dolores reumáticos. El avance a lo *Skobelev* se giró contra los vencedores.

El mismo Radko Dmitriev (y en este caso, sin duda alguna, con el acuerdo del comandante en jefe) inyectó el veneno de una espantosa desmoralización entre las filas del ejército al incitar a los soldados a descerrajar el tiro de gracia a sus enemigos heridos o prisioneros. “Si los heridos y los prisioneros turcos impiden la movilidad, tomad las medidas necesarias para eliminar esos obstáculos.” El mensaje fue entendido: heridos y prisioneros fueron eliminados por centenares al principio, después por millares.

Radko Dmitriev se lo ha jugado todo a una carta: a la del ataque brusco. Además, y con la imprevisión de un general *de asalto*, no ha tenido cuidado para velar por el bien máspreciado del ejército: la dignidad moral de sus soldados. Dmitriev no es, ciertamente, el peor general búlgaro, pero posee las mismas características de fondo (el carrerismo, la temeridad sin consideración y el cinismo) que encuentran en su antagonista, el general Savov, su más clara expresión.

Bulgaria no ha alcanzado sus victorias gracias al genio, que está por demostrar, de sus generales. Los errores de los generales son evidentes mientras que sus éxitos todavía deben pasar la criba de la crítica. Si las victorias rinden honor a quienes las han logrado, entonces esas vitorias pertenecen, por derecho propio, a la resistencia e intrepidez del campesino, del trabajador soldado y del oficial que es expresión de las capas instruidas de Bulgaria.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: *Trotsky inédito en internet y en castellano*

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

¹ Divinidad griega de la inteligencia y el comercio. N. E.

² En francés en el texto original. N. E.